

# HARO TEGLEN

## CHECOSLOVAQUIA: LA UTOPIA ROTA

Durante los primeros meses del año 1968, Checoslovaquia ofreció el espectáculo poco común de un país coherente consigo mismo. La jornada clave, la noche del 20 al 21 de agosto —intervención armada de las tropas del Pacto de Varsovia—, aumentó esa coherencia. Era un país que se presentaba unido ante una situación límite. Las motivaciones de esa unidad, de esa aparente congruencia, eran muy diversas. El amparo de algunos «slogans» que se acuñaron entonces, como «el socialismo en libertad» o «el socialismo con rostro humano», sirvieron para una infinidad de causas concomitantes, desde el nacionalismo puro —la independencia tradicional del país— al nacionalismo práctico —el enfrentamiento con una potencia dominante, el antirrusismo—, pasando por posiciones políticas muy distintas, desde los que pretendían realmente una revaloración del socialismo hasta los que pudieron ser simplemente anticomunistas, pro occidentales. La suma de todos estos factores diversos, y hasta antagónicos, en una situación de coherencia, es típica de las revoluciones. Argella entró en una situación de coherencia revolucionaria cuando se enfrentó con los ocupantes franceses, Vietnam la tiene cuando se enfrenta al cuerpo expedicionario de los Estados Unidos. Cuando se repite la antigua y siempre cumplida máxima de que «la revolución devora sus hijos» se está aludiendo al hecho sociológico de que, cuando una revolución termina, la cohesión de la situación límite se acaba y reaparecen los particularismos. Una revolución se hace siempre sobre objetivos utópicos que de pronto aparecen como posibles, y en la utopía es siempre fácil coincidir, como siempre es difícil coincidir en las realizaciones. Por eso los grandes dirigentes revolucionarios, aunque hayan tenido programas políticos muy precisos, muy minutados, muy articulados, en sus arengas y en sus llamamientos a la revolución han sido siempre retóricos y utópicos, con el fin de agrupar el mayor número de voluntades idealistas.

Dubcek reunió en un momento dado las condiciones precisas del héroe utópico. Es decir, del personaje en quien, en un momento dado, pueden reunirse las esperanzas de tendencias diversas y contrapuestas. Frente a la rigidez de Novotny, Dubcek ofrecía la posibilidad de una desestalinización real. La URSS supuso que podía tener confianza en él: había sido su patria durante dieciséis años y allí se había formado como comunista, como dirigente. Los comunistas checos veían en él una garantía de que la revisión de una actuación del partido que no había sido buena se haría dentro de la ortodoxia; los reformistas creían en su juventud; las minorías eslovacas veían uno de los suyos en el poder; Occidente estimaba sus aperturas, los países comunistas veían una posibilidad de salir de la esfera soviética y los comunistas del mundo creían que con el movimiento inspirado por Dubcek la creciente esclerosis del comunismo internacional se renovaría y se asistiría a un renacimiento, mientras que los anticomunistas aplaudían la primera disensión grave en la geopolítica comunista. El que una persona pudiera reunir todos estos elementos es un fenómeno extraño que dependió en mucho de las condiciones personales del propio Dubcek y que residían probablemente en algunos de sus defectos —la falta de pensamiento político, la escasez de autoridad, un sentido literario de la vida y de la política— y en algunas de sus virtudes: la simpatía, la facilidad de establecer contacto, el valor personal y el espíritu de sacrificio. Y la honestidad. Quizá con un poco menos de honestidad y un algo más de astucia política, Dubcek hubiese podido hacer algo trascendental con Checoslovaquia desde el momento de su elección para el cargo de primer secretario del partido, el 5 de enero de 1968, e incluso después de la invasión de agosto. Dubcek fue desbordado desde el momento en que firmó los acuerdos de Moscú y no supo sacar partido de ellos. No supo retirarse a tiempo y no supo combatir tras no haberse retirado, pero tampoco supo negociar.

Quien le acusa ahora es uno de sus antiguos compañeros de





## Oriente Medio

### ISLAMISMO Y ARABISMO

El intento de convocatoria de urgencia de una «cumbre» de los jefes de Estado árabes no ha dado resultado. En noviembre se reunirá el llamado Consejo de Defensa, que estudiará la posibilidad de tal unión. Entre tanto, Arabia Saudita

de la humanidad—. Estos países —o zonas en países, como las comunidades musulmanas de la URSS, China o Yugoslavia— son lejanos entre sí, tienen problemas económicos y administrativos muy distintos y, por la entraña misma de su religión, reac-



HUSSEIN Y NASSER

y Marruecos se han encargado de la difícil misión de provocar una reunión no ya árabe, sino islámica, que estudie el problema considerado como la agresión israelí a la religión musulmana y puesto de manifiesto por el incendio de la mezquita del Aqsa. Existen unos cuarenta países de religión musulmana predominante, que agrupan 500 millones de personas —algo menos de un sexto

cionan menos a la llamada a la unidad que el judaísmo. La misión de Marruecos y de Arabia Saudita aparece como extremadamente difícil, y si ha sido encargada a esos países es por su tradición de diplomacia hábil, de moderación y a la audiencia de que gozan en los países musulmanes por su tradicional respeto a la religión.

## China

### NUEVA FASE DE LA REVOLUCION CULTURAL

La larga, lenta y difícil revolución cultural china entra en una nueva fase de actividad, tres años y medio después de su lanzamiento. Un artículo editorial que han publicado simultáneamente el «Diario del Pueblo», el «Diario del Ejército Popular de Liberación» y «Bandera Roja» anuncia que va a ser intensificada la «crítica de masa» contra los «revisionistas» que actúan en los campos de la literatura, la filosofía y la ciencia. Especialmente en la ciencia, muy expuesta al «revisionismo soviético», puesto que los principales científicos actuales de China han sido formados en la URSS, donde han recibido los gérmenes del mal

que ahora expanden... La crítica se extiende a las desviaciones del «anarquismo», del «sectarismo» y del «liberalismo», que están ayudando a la creación de «grupúsculos» o, como dice el artículo, «reinos independientes» que se localizan geográficamente en áreas lejanas a Pekín. Estas tendencias regionales preocupan mucho a Pekín, que teme «las supervivencias religiosas feudales en el seno de diversas nacionalidades». La enumeración de enemigos de la revolución termina con un englobe general de los «estafadores, incendiarios, asesinos, bandas de criminales y otros delincuentes que perturban seriamente el orden nacional».

la «primavera de Praga». En el aniversario de la ocupación, la revolución devora sus hijos. La coherencia se ha perdido. Las jornadas del aniversario han sido menos revolucionarias de lo que se esperaba —aun con sus muertos, con sus manifestaciones, con sus canciones en la calle—, porque el sentido de la utopía se ha perdido, como se ha perdido también la utopía de un movimiento paralelo al de la «primavera de Praga», el del Mayo de París, cuyos protagonistas comienzan también a devorarse. Las acusaciones de Cernik contra Dubcek se basan en que el héroe de la primavera condujo una política de «dos caras». De muchas más caras, probablemente. Pero el propio Cernik no estuvo ajeno a aquella política, y muchos de los errores que ahora imputa a su antiguo jefe le tiñen a él mismo. Sólo que Cernik es más «político profesional», más hábil, más gustoso del poder. Su programa como jefe de gobierno fue el mismo, con las mismas máximas de «socialismo con rostro humano» y «nueva vía», que había emitido Dubcek. No tiene hoy grandes inconvenientes en acusar estos mismos términos de «contrarrevolucionarios». Husak, el actual secretario general —sustituyó a Dubcek el pasado mes de abril—, es más coherente consigo mismo. En el mismo mayo de 1968 en que Dubcek y Cernik viajaban a Moscú, Husak participaba en la «primavera de Praga» con notables reservas; advertía del exceso de riesgos en la «liberalización», las posibilidades de que quisiera restaurarse un «orden burgués», denunciaba la aparición de «tendencias anárquicas» y, al mismo tiempo, insistía en que la democratización, la recuperación de las libertades, las nuevas formas del comunismo, debían proseguirse y realizarse, pero «en el seno de las instituciones», de forma que no pudieran prevalecer los «elementos antisociales». Las críticas que entonces hizo a Dubcek son las mismas que le hace ahora: la falta de energía, la blandura de temperamento, la escasa solidez doctrinal y programática. Husak había sido víctima de la rigidez atalinista de Novotny, que le había acusado de «nacionalista burgués»: tuvo la entereza de no aceptar las acusaciones a pesar de todo el sistema de presiones que se le aplicó y fue condenado a prisión perpetua, de la que fue liberado en 1960. Su revancha contra Novotny vendría en 1968, y su elevación al poder supondría una depuración rápida de todos los «novotnistas» que subsistían en el nuevo régimen. Toda la biografía, toda la inteligencia, todo el temple de Husak pueden aparecer ahora empañados por su declaración del viernes pasado justificando la ocupación soviética —que tenía el deseo de ayudar al pueblo checoslovaco y a la clase trabajadora—, pero no son incoherentes con su personaje, que no es el de un utópico. La utopía se ha roto y aparece de nuevo la «realpolitik», la política de realidades y coyunturas. Husak supo muy bien en las jornadas de agosto que ningún país occidental vendría en ayuda de Checoslovaquia —y que si ocurriese así, el desarrollo de los acontecimientos sería aún peor—, que la URSS no permitiría jamás el desgajamiento de Checoslovaquia de su esfera europea, que Dubcek era un aprendiz de brujo que había levantado fuerzas que no podría dominar y que la coherencia de la revolución era tan aparente como las de todas las revoluciones, con la diferencia de que hay revoluciones posibles donde la coherencia es eficaz y revoluciones imposibles, y la de Praga era una de ellas. Cabe la posibilidad de que en el posibilismo de Husak, en su aparente sumisión a la Unión Soviética, en las leyes de represión que está dictando —o que hace dictar al blando, asustado y tornadizo Cernik— y en su autoritarismo haya más posibilidades reales para la futura independencia de Checoslovaquia y para el «socialismo con rostro humano» que en el lirismo utópico de Dubcek.

Probablemente, lo que la historia retendrá de Dubcek fue el haber dado belleza y estética a un momento revolucionario en la historia de su país, a un movimiento que ahora se está maculando con las dificultades interiores, las acusaciones mutuas, la rotura de la cohesión y la sensación de que lo que fue una vez no podrá ser nunca más. Este papel de Dubcek, el héroe débil, es mucho más importante de lo que parece. Los utópicos, los idealistas, los enamorados del futuro y de la revolución, abren siempre caminos que otros han de empedrar.